

Editorial

Royman Pérez Miranda: la risa que sigue enseñándonos

Querido Royman:

Hoy me siento a escribirte como quien se sienta frente al mar al atardecer, cuando el sol se va despidiendo lento y el corazón no sabe si llorar o agradecer. Me cuesta aceptar que tu voz ya no cruzará los pasillos, que no volveré a verte llegar con ese andar tranquilo, con la risa franca, con la palabra lista para sembrar pensamiento y esperanza. Escribo desde una gratitud tan grande que duele de hermosa, como duele la luz del sol cuando se mete en los ojos al amanecer sobre el río, como duele el canto de una gaita cuando despierta recuerdos que no sabíamos que estaban dormidos.

Fuiste, Royman, Caribe hecho persona. En ti convivían la brisa salada de Barranquilla, el calor del sol en la piel, el ritmo invisible de un porro lejano y la profundidad de un pensamiento que nunca se quedó en la superficie. Tenías la alegría de quien sabe vivir y la seriedad de quien sabe luchar. Podías hablar de pedagogía crítica, de política, de ética, de pueblo, y al mismo tiempo soltar una carcajada que desarmaba cualquier solemnidad. Así eras; pensamiento profundo con sonrisa abierta, maestro sin pedestal, humano sin máscara.

Enseñabas como se conversa en la esquina del barrio, con el café caliente humeando en la mano, con la puerta abierta para que entrara el viento y la gente, con la vida puesta completa encima de la mesa. Enseñabas sin reloj, sin prisa, escuchando primero, hablando después, mezclando la risa con la reflexión, la anécdota con la teoría, la esperanza con la realidad. Así, como se aprende de verdad en el Caribe: entre palabras sencillas, afecto sincero y pensamiento profundo.

Nunca impusiste, nunca alzaste la voz para dominar; guiabas con la coherencia, con el ejemplo, con esa autoridad serena que solo tienen quienes caminan lo que predicán. Fuiste mentor de muchos, amigo de todos, compañero de luchas y de silencios. Siempre del lado de lo social, siempre del lado de la dignidad humana, siempre del lado del pueblo.

Nos enseñaste que formar maestros no es llenar cuadernos, sino despertar conciencias; que educar no es repetir contenidos, sino acompañar procesos humanos; que la pedagogía, cuando es verdadera, se parece mucho al amor y mucho a la justicia. Tu palabra no flotaba en la teoría: tocaba tierra, caminaba barrios, entendía dolores, escuchaba historias, sembraba futuro.

Y cómo no recordarte por esa frase tuya, tan tuya, dicha siempre con picardía caribe y una ternura que se escondía detrás de la broma; Tú eres marica...No era ofensa; era una sacudida amorosa, como el viento que despierta las hojas cuando el calor aprieta. Era tu manera de decirnos: abre los ojos, no seas ingenuo, mira más allá, cuestiona, piensa, no te dejes engañar por las apariencias. Y entonces venía tu risa, franca, limpia, contagiosa, esa risa que desarmaba cualquier dureza y nos dejaba la lección sembrada sin dolor, como quien deja una semilla en tierra buena. Esa risa, Royman, enseñaba más que muchos libros, más que muchos discursos solemnes, era sabiduría popular convertida en pedagogía, era Caribe hecho lección de vida.

Hoy duele no escucharte más. No reír a carcajadas cuando la conversación se ponía sabrosa, no disentir con respeto como se hace entre hermanos de pensamiento, no darnos ese abrazo largo después de una charla honesta que deja el corazón tranquilo. Duele tu ausencia física, como duele la noche cuando se apaga una estrella conocida del cielo caribe, una de esas que uno mira siempre sin darse cuenta de que también sostienen el rumbo.

Pero al mismo tiempo reconforta saber que no te has ido del todo. Porque te quedas en cada estudiante que tocaste, en cada colega que acompañaste, en cada conciencia que ayudaste a despertar con tu palabra clara y tu ejemplo firme. Te quedas en las aulas y en los pasillos de la Universidad Pedagógica, donde aún parece escucharse tu voz mezclada con el murmullo de los jóvenes, en las conversaciones que siguen repitiendo tus enseñanzas, en la memoria colectiva que no te suelta y en la memoria vivida junto a tu pana moralero del alma, Rómulo Gallegos, que hoy también camina con tu ausencia como quien cuida un tesoro invisible.

Gracias Royman, por tu amistad leal, por tu palabra clara, por tu coherencia ética y política, por tu alegría contagiosa, por tu amor profundo a la educación y a la vida. Gracias por mostrarnos que se puede ser firme sin dejar de ser tierno, crítico sin dejar de ser humano, sabio sin dejar de ser humilde. Gracias por enseñarnos a

caminar con el pueblo, a pensar con el corazón y a enseñar con el alma.

Hoy te despedimos con lágrimas, sí, pero también con gratitud. Te despedimos como se despide al mar al final del día, sabiendo que mañana seguirá ahí, acompañándonos de otra forma. Descansa en paz, mi querido hermano y maestro. Aquí quedamos, honrando tu memoria,

intentando estar a la altura de lo que nos enseñaste.

Hasta siempre, Royman, un abracaribe hasta la eternidad. Tu risa, tu palabra y tu ejemplo no morirán jamás.

Silvio Daza Rosales

Barrancabermeja, Santander. 05 de
enero de 2026.